



El prado de Rosinka

Una vida alternativa en los años veinte



GUDRUN PAUSEWANG

*Con la colaboración de
Elfriede Pausewang*

*Traducción del alemán a cargo de
Consuelo Rubio Alcover*



IMPEDIMENTA



I

Hartershausen, 28 de febrero de 1979

Querido Michael:

Tú solo me has visto unas cuantas veces, poco tiempo, y siempre de visita en casa de tu abuela. Por eso me sorprendió todavía más la larga carta que recibí hace una semana.

No podía, ni quería, responderla a vuelta de correo, porque me conmocionó mucho. Despertó en mí recuerdos muy vivos, bonitos y, a la vez, dolorosos. En cierto modo, me obligó a revisar a fondo la postura que quería defender con respecto al proyecto que me expones. Me alegró —de verdad, desencadenó en mí una gran felicidad— saber que tú, que aún eres tan joven, deseas hacer realidad un estilo de vida completamente propio, que te motivan el Ser (y no el Tener), lo Ideal (y no lo Material)... En definitiva, que aspiras a una forma de vida diferente.

Y, además, que en esas líneas me preguntes por mi experiencia me ha llenado de gratitud. En general, vosotros, la gente joven, apenas tenéis oportunidades, en este mundo tan acelerado, para intentar comprender nuestras experiencias. Estas quedaron aplastadas hace mucho tiempo por el rodillo del progreso y, por lo tanto, carecen de valor para vuestra generación.

Pero como es evidente que tú te propones nadar a contracorriente, o mejor dicho, poner de tu parte para que esa corriente adopte una dirección distinta, tal vez mis experiencias, las de una persona de setenta y seis años, puedan resultarte de utilidad, y por eso mismo te las transmitiré con sumo gusto.

Te confieso que he necesitado tomarme un tiempo para procesar tus palabras, de ahí los dos o tres días que han pasado hasta que me he decidido a responderte. Espero que lo entiendas.

Según mencionas en tu carta, estás en el cuarto semestre de tus estudios en la Escuela Técnica Superior, y hasta hace bien poco tenías la firme intención de convertirte en ingeniero técnico para poder trabajar en el sector público. Eres un joven inteligente y ambicioso, o al menos eso me dijo tu abuela. Probablemente podrías, aplicando los estándares de hoy en día, «llegar lejos». Sin embargo, al parecer has tomado la repentina decisión de no continuar con tus estudios y «marcharte al campo».

Puedo imaginarme perfectamente la consiguiente indignación de tus padres. Ni siquiera habría sido necesario que me la describieras. De algún modo, sienten que has traicionado sus esperanzas, auguran toda clase de penalidades, ven en ti al hijo extraviado. Me temo que se devanarán los sesos para encontrar alguna forma de hacerte recuperar —en su

opinión— el juicio que has perdido. Y vas a tener que movilizar una gran cantidad de energía si pretendes mantenerte firme en tu posición.

Aunque he de reconocerte que el estilo de vida de tus padres no cuadra nada en absoluto conmigo —y creo que con tu abuela tampoco—, no me siento autorizada a juzgarlos. Ellos son lo que se llama «hijos de su tiempo». La guerra y las miserias de los años de posguerra los convirtieron en lo que ahora son. Su generación ha surgido de la era del Hambre y los Escombros, en pleno Milagro Económico. Siendo aún adolescentes, pero ya con plena consciencia, asistieron al derrumbe de sus ideales (equivocados), al final de una guerra, a la lucha desesperada por salir de la Nada. «Trabajo» se consideraba entonces una palabra mágica que acabó convirtiéndose en el fin último de la vida. A través de él, uno volvía a considerarse alguien, volvía a poseer algo. ¿Acaso puede tomársele a mal a esa generación que, después de haber logrado salir adelante y de felicitarse por ello, aspiraran sobre todo a la comodidad y a la seguridad, y que aún hoy sigan aspirando a ellas con todas sus fuerzas, que les hayan enseñado a sus hijos que estos son los únicos valores dignos de ser perseguidos?

Por lo visto, ha sido tu abuela quien te ha aconsejado dirigirte a mí. A estas alturas, ya sabes que su amistad me ha acompañado fielmente durante muchísimos años. Por lo que me cuentas en tu carta, deduzco que has hallado en ella una gran empatía en lo referente a tus planes para el futuro. Yo no habría esperado otra cosa. Me parece lícito también que exprese algo de escepticismo en lo referente a la cuestión de cómo lograrás sobrevivir en el campo, sin depender de nadie más y sin morirte de hambre. De hecho, yo misma lo

comparto, y voy a intentar fundamentarlo en vista de mis propias experiencias, pero has de saber que dicho escepticismo no se refiere al fondo de tu proyecto, sino a su plasmación en la realidad.

Al parecer, has estado viendo algunos municipios rurales en el sur de Alemania y en Austria, y también una granja en el grupo de cooperativas Longo-Mai, en la Provenza. Has visitado en numerosas ocasiones a un amigo tuyo y a su mujer, que han comprado una finca agrícola porque quieren dedicarse a la cría de ovejas. Admiras a un joven de tu círculo de amigos que hace un año dejó su trabajo de representante para arrendar una parcela y explotarla cultivando verduras con métodos biodinámicos. Y también me cuentas que, durante dos o tres semanas de tus vacaciones, has estado ayudando a una familia que ha dejado la ciudad para instalarse en un molino abandonado. Ellos llevan ya dos años y medio viviendo de lo que obtienen de las cuatro hectáreas de tierra que les corresponden. Pero, en todos esos casos, el proyecto se encuentra solo en una fase inicial, te dice tu abuela, que te recomienda que trates de familiarizarte también con otros ensayos de construir una vida alternativa en el campo que se hayan prolongado varios años, pues solo de ese modo obtendrás información sobre tentativas fallidas.

Yo creo que su consejo es muy bueno. Aunque también adivino que debes de estar preguntándote algo como: «Vale, pero... ¿dónde podré encontrar a uno de esos bichos raros?».

En fin, si quieres llamarme así, no seré yo, que me considero lo que puede denominarse «un bicho raro», la que te lo impida. Y, por supuesto, te explicaré cómo me fue. Te voy a contar cómo tratamos, hace ya cincuenta años, de fundar una comunidad con un modo de vida alternativo en unos terrenos

pantanosos, a los que los habitantes del lugar habían dado el nombre de Rosinkawiese.¹

Tu abuela conoció ese prado ya antes de que nosotros, mi marido y yo, firmásemos el contrato de arrendamiento, porque vino a visitarnos por sorpresa cuando yo, medio año después de nuestra boda, rebotante de felicidad y de entusiasmo, le comuniqué nuestros propósitos.

Por entonces todavía vivíamos en la aldea, en una habitación amueblada. Mi marido y yo recogimos a tu abuela en la estación de ferrocarril y la llevamos a nuestra futura finca, situada a dos kilómetros de allí. Había que caminar por un sendero rural, pero no se nos pasó por la cabeza que ella pudiera estar hambrienta, ni cansada, después de un viaje de varias horas en tren. En cualquier caso, como era igual de joven que nosotros, la excitación la mantuvo alegre y despierta, y nuestro entusiasmo, que hacía que todo lo demás perdiera importancia, se le contagió al punto.

Sí, allí estábamos los tres, en mitad del prado agreste y apartado, en pleno mes de noviembre... Aún me acuerdo como si fuera hoy de que mientras nosotros le explicábamos nuestros planes con ostentosos gestos, señalando a un punto y a otro, empezó a nevar muy despacio. Unos copos se quedaron enganchados entre sus cabellos oscuros, pero estaba tan fascinada con lo que nos proponíamos llevar a cabo que casi no le prestaba atención a nada más.

Ahí iría la casa, allá un camino, aquí un parque de juegos para los niños, con un columpio y un cajón de arena. Y lo que restaba de la parcela tendría que dividirse en franjas, separadas unas de otras por hileras de árboles frutales.

1. Literalmente, «prado de Rosinka».

Tu abuela preguntaba y nosotros respondíamos. Quería enterarse de todo, averiguar todos los detalles. Nos llenaba de orgullo que participase con tantas ganas en nuestro proyecto. Pero, en ese momento, ella ya estaba comprometida con tu abuelo, y querían casarse cuanto antes.

Pasamos aquel día de noviembre caminando por los terrenos de Rosinkawiese, que entonces solo era una tierra ocre, poco atractiva, yerma, empapada de agua de lluvia. Al pisarlo, el suelo cedía bajo nuestros pies con un rumor de chapoteo. Pero entonces, entre los álamos y los abetos, ante los tejados de la casita que se elevaba frente a nosotros, en mitad de los arriates de flores, de los bancales de verduras y de frutales, vimos a los pollos escarbando en la arena y a las cabras rumiando hierba, y el humo de la chimenea alzándose pacífico en el cielo sin nubes. ¡Y, por supuesto, también vimos a nuestros hijos no nacidos alborotando en esta imagen idílica!

Los tres nos empapamos los pies. De camino a nuestro hogar en la aldea, empecé a estornudar. Y al día siguiente tenía un fuerte resfriado. Tu abuela también se lo llevó consigo en el viaje de vuelta.

Ese fue su primer encuentro con nuestro Rosinkawiese. Luego nos visitó muchas veces, algunas sola y otras acompañada por tu abuelo, que como buen comercial siempre se sonreía con benevolencia al contemplar todo aquello. Más adelante vendría también con tu madre, con tu tío Manfred y con tu tía Sigrid... Y, al final, acabó involucrándose activamente en nuestra arriesgada empresa. Yo creo que amaba Rosinkawiese tanto como nosotros.

Porque era imposible dejar de amar algo así, a pesar de todo. Pues justo a causa de ese «a pesar de todo», tu abuela te ha recomendado que te familiarices con mi experiencia, antes

de emprender tu propio camino. Con ello solo pretende ayudarte, para ahorrarte fallos y decepciones.

Así pues, a lo largo de los próximos días y semanas, te iré escribiendo para contarte lo que sucedió en Rosinkawiese. Si mi experiencia consigue ayudarte de algún modo a aclarar tus ideas y a tomar decisiones definitivas, consideraré que el resultado ha valido la pena.

Saluda a tu abuela de mi parte la próxima vez que la veas. A ella también le debo una carta, pero estoy segura de que estará de acuerdo conmigo en que, por ahora, el relato de la historia de nuestro Rosinkawiese es mucho más importante.

Tu tía Elfriede